



tipos que aparecen tanto en su anverso como en su reverso son, no podía ser de otra forma, totalmente romanos. Para el anverso la cabeza de Roma y, para el reverso, la cornucopia sobre rayos. Es una clara muestra de su relación con Roma y, por otro lado, de las aspiraciones y la realidad de una ciudad joven creadora de riqueza y abundancia.

Las cerámicas también reflejan esa procedencia itálica de las importaciones valentinas, desde la campaniense hasta la *terra sigillata* itálica (MONTESINOS, 1990). Esta última es una cerámica romana de color exterior marrón rojizo y que, con origen en Italia en el siglo I a.C., Arezzo y otros centros de producción, se extiende por el orbe romano; este tipo de cerámicas rojizas pronto instalaron sucursales y comenzaron a aparecer industrias que imitaban y competían, como en las Galias e Hispania, denominándose respectivamente *terra sigillata* gálica y *terra sigillata* hispánica (MONTESINOS, 1989 y 1992), para más adelante ser sustituidas por las cerámicas denominadas *sigillatas* claras. Esta cerámica a molde conserva en sus fondos y en sus superficies sellos de alfarero que permiten identificar tanto al fabricante como al centro de producción, y al mismo tiempo algunas tienen al exterior decoración moldeada de sumo interés desde el punto de vista de la iconografía. Junto a platos, copas y vasos nuestros primeros habitantes también disponían de lucernas para alumbrarse, bellamente labradas con imágenes. Recientemente se ha localizado en las excavaciones arqueológicas del Palau Cerveró una botella cerámica antropomorfa de una variedad de cerámica *sigillata* clara procedente de África. Está magníficamente conservada y nos muestra la técnica y precisión que alcanzó el arte cerámico en esos lejanos tiempos.

El primer cristianismo en la ciudad. La figura de san Vicente Mártir

[DANIEL BENITO GOERLICH –UVEG–]

El cristianismo valenciano está inextricablemente unido a la poderosa figura de san Vicente. Un mártir de la persecución general desencadenada bajo el emperador Diocleciano en todo el ámbito romano, cuando el cristianismo, favorecido por el edicto de tolerancia de Galieno de 262, se había extendido y fortalecido ampliamente y constituía una fuerte minoría presente en prácticamente todos los puntos vitales del Imperio. La que fue llamada *gran persecución* resultó muy cruenta, sobre todo en la parte oriental, y estaba estrechamente relacionada con la reforma gubernativa que constituyó la tetrarquía. Éste era un gobierno colegiado, aunque no paritario, de los cuatro emperadores, planteado con una concepción religiosa ligada a la religión tradicional de Roma que resultaba incompatible con la exclusividad cristiana. Así, de cara al rearme moral de los ciudadanos romanos, los cristianos resultaban elementos inseguros cuando no nocivos para el Estado, pues atentaban contra la *pax deorum* que garantizaba la estabilidad y la prosperidad. Los emperadores al emprender esta persecución manifestaban públicamente su *pietas*, de la cual resultaría la *felicitas* para ellos y su súbditos (VERDEGUER, 2005, 12). Respecto al cristianismo y desde Nicomedia, una de las capitales imperiales, se emitieron cuatro edictos sucesivos que marcan el progresivo endurecimiento de las medidas represoras.

Recientemente se ha localizado en las excavaciones arqueológicas del Palau Cerveró una botella cerámica antropomorfa de una variedad de cerámica *sigillata* clara procedente de África. Está magníficamente conservada y nos muestra la técnica y precisión que alcanzó el arte cerámico en esos lejanos tiempos.

Botella antropomorfa encontrada en el Palau Cerveró.



Vicente, diácono de la iglesia de Zaragoza, a causa del segundo edicto de persecución emanado de Diocleciano, fue arrestado a finales del año 303 por el gobernador Daciano, a quien le incumbía la máxima autoridad judicial de su provincia. Trasladado a Valencia, allí se le aplicó tortura en virtud del tercer decreto, porque se negó a abjurar de su fe y sacrificar a los dioses de Roma. Sufrió los tormentos propios del interrogatorio a los criminales o *questio*; a saber: el patíbulo, el ecúleo, la flagelación y la tortura por medio del fuego, que provocaron su muerte en relativo poco tiempo, el día 22 de enero de 304. Los demás elementos de su 'historia' permanecen por ahora en la penumbra de la leyenda piadosa.

Martirio de San Vicente Mártir. Frontal de Liesa (Huesca), siglo XIII.

Tras la depuración del ejército y el funcionariado en 297 y las confiscaciones de objetos y lugares de culto, sendos decretos de 303 fueron dirigidos contra la jerarquía cristiana y prescribiendo la tortura como un recurso para lograr una apostasía que desmoralizase a los fieles; acción que acabó provocando numerosas muertes. La aplicación de estas decisiones en Hispania corrió a cargo del coemperador Maximiano y fue ejecutada al parecer por el *praeses* Daciano, un personaje histórico sin lugar a dudas (PÉREZ, 2005b, 173), siendo el más célebre de los mártires hispanos el diácono zaragozano Vicente. Es, además, el único cuya conmemoración fue incorporada por el rito romano a la liturgia católica y desde el primer momento, estando presente su figura en todos los martirologios de Occidente y en muchos menologios orientales (CALATAYUD, 2005, 89-93). Sin embargo, a pesar de esta notoriedad y la enorme extensión posterior de su culto, son muy escasas las noticias fidedignas sobre Vicente y su martirio que han llegado hasta nosotros (DUCHET-SUCHAUX, 1985).

Vicente, diácono de la iglesia de Zaragoza, a causa del segundo edicto de persecución emanado de Diocleciano, fue arrestado a finales del año 303 por el gobernador Daciano, a quien le incumbía la máxima autoridad judicial de su provincia. Trasladado a Valencia, allí se le aplicó tortura en virtud del tercer decreto, porque se negó a abjurar de su fe y sacrificar a los dioses de Roma. Sufrió los tormentos propios del interrogatorio a los criminales o *questio*; a saber: el patíbulo, el ecúleo, la flagelación y la tortura por medio del fuego, que provocaron su muerte en relativo poco tiempo, el día 22 de enero de 304. Los demás elementos de su 'historia' permanecen por ahora en la penumbra de la leyenda piadosa.

El testimonio documental más prestigioso por su calidad literaria se encuentra en la obra del poeta bilbiliano Aurelio Prudencio Clemente, que habría sido prefecto en Roma en 405 (PÉREZ, 2005b, 172) y a principios del siglo V, en su libro *Peristephanon*, canta en catorce himnos la victoria del triunfante cristianismo de su época sobre la idolatría pagana en la persona de los mártires. Prudencio nombra a san Vicente en los versos 89 a 108 del Himno IV, dedicado a los dieciocho mártires zaragozanos, ensalzando la virtud de esta ciudad por tener tal cantidad de mártires y hace en ellos una amplia referencia al santo diácono, al que, celoso de las glorias de su patria, llama *noster* por haber pertenecido al clero local cesaraugustano, aunque fuera martirizado lejos allí, en una: «ciudad poco conocida cercana al litoral de la alta y fuerte Sagunto», que evita cuidadosamente nombrar: «noster est quamvis procul hinc in urbe/passus ignota dederit sepulcri/gloriam victor prope litus altae/forte Saguynti...» (PRUDENCIO, 1540, IV, vers. 97-100). Una ciudad a la que además del lugar del martirio, casualmente se le habría concedido la gloria del sepulcro santo. Prudencio consagra también a san Vicente la totalidad del Himno V, con la detallada descripción de interrogatorios y los procedimientos de tortura, que conocía muy bien por haber servido en la administración central romana (PASCUAL, 1993, 8), así como de los sucesos milagrosos que preservaron su cuerpo.

Otra fuente importante es la *Passio Vicentii*, que formaba parte de las lecturas litúrgicas de su fiesta anual empleadas en las iglesias de la época. Esta narración debió ser elaborada a partir de tradiciones orales, en las últimas décadas del siglo IV, cuando el paganismo había sido ya proscrito y el cristianismo se había convertido con Teodosio en religión oficial del Imperio romano. En este momento el culto a san Vicente era floreciente en Valencia. No obstante, este texto relataba los hechos casi un siglo después de

ocurridos. Además, de esta *Passio* primitiva sólo nos han llegado diversas reelaboraciones posteriores, más o menos extensas que su perdida fuente original. Algunas son probablemente del siglo v, otras más tardías y se han conservado en manuscritos aún más tardíos, ya de los siglos VIII al X (SAXER, 2002, 54): *Passio vulgata*, *Passio brevior*, *Passio secundum versionem communem*, etc. Todas estas versiones se lamentan además de la pérdida de las *Acta Forensia* y de escritos auténticos provenientes de testigos presenciales. Como documento histórico resultan pues de un valor relativo, porque aunque el núcleo esencial no carece de historicidad, la mayor parte de la narración que nos transmiten fue realizada con criterios hagiográficos tradicionales, dirigidos a estimular la piedad y devoción y planteada con abundante recurso a lo milagroso y extraordinario: «En el caso concreto de la pasión de san Vicente fue el desarrollo de su culto en Valencia lo que motivó su redacción, con una clara finalidad edificante, que perseguía ensalzar la figura del joven mártir para potenciar la devoción popular. De tal manera que se dio un fenómeno de interacción: la fama y el creciente culto al santo propiciaron la redacción de sus gestas, mientras que el sorprendente éxito y difusión de éstas redundaron en un incremento notable de su fama y culto» (NAVARRO, 2005, 28).

Fue probablemente en este contexto y a principios del siglo v, cuando se introduce por contaminación en la pasión vicentina la figura del obispo Valero de Zaragoza. Situado sin ningún fundamento al lado del mártir durante el proceso, sirvió en principio como figura retórica para acentuar por contraste la valerosa actitud del diácono en esa narración de intenso dramatismo, sentimientos contrastados y viveza descriptiva que aseguró su fortuna.

La ciudad de Valencia guarda aún hoy memoria de diversos ‘lugares vicentinos’, en los que recientes excavaciones arqueológicas han ido demostrando su asociación a lugares de culto cristiano primitivo. Uno de los más interesantes es el complejo de Sant Vicent de la Roqueta, que en la época romana estaría situado, junto a la vía Augusta, a una distancia de poco más de un kilómetro al sur de la ciudad propiamente dicha: «Las fuentes sobre el martirio de san Vicent indican que en un primer momento el cuerpo del mártir estuvo enterrado, cerca de la playa, bajo un túmulo. Después de la Paz de la Iglesia (313) sería trasladado a otra sepultura sobre la que construirían una Basílica. Desde el s. XVI la tradición erudita valenciana asocia este lugar con san Vicent de la Roqueta» (RIBERA, 1998, 61).

En este lugar las excavaciones son aún muy reducidas y colaterales, pero desde 1985 es conocida la existencia de un área cementerial correspondiente al siglo IV, donde entre otros objetos ha podido recuperarse un sarcófago de plomo con cubierta de *tegulae* de esa época y una sortija con sello que podría ser ya de época visigoda (SORIANO, 1990, 14). Sólo una excavación generalizada del lugar podría dar con los restos probables del *martyrium* edificado por los primeros cristianos valencianos, que la cercana necrópolis permite sospechar y así citan los versos de Prudencio: «¡Feliz la cala aquella/ del litoral ameno que, abrigando/el cuerpo santo en sus arenas/prestóle oficio de sepulcro/hasta que la piadosa diligencia/de los santos arregla, entre lágrimas, un cerro,/y el cuerpo confiado a este sepulcro/guarda para la vida venidera./Mas luego, vencidos los enemigos/y la paz devuelta ya a los justos,/un altar ofrece el merecido/descanso a aquellos huesos santos/pues soterrados en un templo/y al pie del ara colocados/reciben perfumados, desde abajo/el efluvio de la celeste dádiva» (PASCUAL, 1993, 43-45).



Más tarde, en el siglo VI sería elevado allí un monasterio, que con diversas vicisitudes y el posible traslado de sus monjes a territorio cristiano castellano en tiempos de Alfonso VIII, hacia 1168 (GARCÍA, 1983, 123-1126), permaneció como lugar de culto mozárabe durante los siglos del dominio islámico, y fue reconstruido con magnificencia por Jaime I de Aragón, tras la conquista de la ciudad en el siglo XIII. El origen del topónimo parece derivar del apelativo cariñoso con el que los valencianos distinguían un enclave, situado enfrente, al otro lado de la vía, y señalado a fines del siglo XIV con la erección de una ermita gótica construida totalmente en piedra de sillería y que solía ser considerado como el muladar o basurero donde habría sido arrojado el cadáver de san Vicente por sus verdugos. En la ermita se veneraba una «cueva» (*La Roqueta*) construida con fuerte mampostería, posiblemente «un resto anterior a la conquista islámica, con una historia remontable, al menos, a la época visigótica» (SORIANO, 2002, 18). Tanto la ermita como la «cueva», quizás un resto de la *memoria* original del santo, junto a la vía Augusta, fueron completamente destruidas en 1949.

En el siglo VI sería elevado la Roqueta un monasterio, que con diversas vicisitudes y el posible traslado de sus monjes a territorio cristiano castellano en tiempos de Alfonso VIII, hacia 1168, permaneció como lugar de culto mozárabe durante los siglos del dominio islámico, y fue reconstruido con magnificencia por Jaime I de Aragón, tras la conquista de la ciudad en el siglo XIII. El origen del topónimo parece derivar del apelativo cariñoso con el que los valencianos distinguían un enclave, situado enfrente, al otro lado de la vía, y señalado a fines del siglo XIV con la erección de una ermita gótica construida totalmente en piedra de sillería y que solía ser considerado como el muladar o basurero donde habría sido arrojado el cadáver de san Vicente por sus verdugos.

Capiteles del lado de la epístola del portal románico del santuario de San Vicente de Valencia, siglo XIII. Dibujo de Daniel Benito.

Expulsados los monjes en el siglo XIX y saqueados y destruidos parcialmente los edificios en los dos últimos siglos, el conjunto monumental fue salvado *in extremis* de la más salvaje especulación inmobiliaria, en 1975, tras titánicos esfuerzos llevados a cabo por el poeta Vicent Andrés Estellés, el arquitecto Emilio Rieta López y los historiadores Manuel Sanchis Guarner, Felipe Mateu Llopis y el canónigo Vicente Castell; todos ellos desgraciadamente ya difuntos, sin haber llegado a ver actuaciones decididas de protección y puesta en valor sobre el lugar vicentino.

Al parecer procedería de ese lugar uno de los objetos de época paleocristiana que se conservan en Valencia: el Sarcófago de la Anástasis, llamado *de San Vicente* e impropriamente *del ciclo de la Pasión*. Es una pieza de interés notabilísimo, correspondiente a los años finales del siglo IV y que procede de talleres romanos (SERRA-SORIANO, 1993, 28-29). Las peculiares circunstancias de su hallazgo por el cronista Vicente Boix en el patio de la Ciudadela, donde hasta 1865 sirvió como pila para abreviar los caballos, han dado lugar a una prolongada polémica. Se discute sobre su procedencia o no de la Roqueta y sobre si debió servir para honrar las reliquias del mártir o como lujosa sepultura de algún personaje cristiano importante de la época.

Al parecer procedería de la Roqueta uno de los objetos de época paleocristiana que se conservan en Valencia: el Sarcófago de la Anástasis, llamado *de San Vicente* e impropriamente *del ciclo de la Pasión*. Es una pieza de interés notabilísimo, correspondiente a los años finales del siglo IV y que procede de talleres romanos. Las peculiares circunstancias de su hallazgo por el cronista Vicente Boix en el patio de la Ciudadela, donde hasta 1865 sirvió como pila para abreviar los caballos, han dado lugar a una prolongada polémica. Se discute sobre su procedencia o no de la Roqueta y sobre si debió servir para honrar las reliquias del mártir o como lujosa sepultura de algún personaje cristiano importante de la época.

El llamado sepulcro de San Vicente.
Museo de Bellas Artes, Valencia.
Foto: J.M.

Se trata de un sarcófago monolítico de mármol rosado con vetas grises y amarillas, muy bien pulido y que presenta una elaborada decoración en su frontis. En el centro, labrado en bajorrelieve, aparece una representación simbólica de la resurrección de Cristo (*anástasis*) formada por una gran cruz gemada (*crux invicta*), sobre cuyos brazos se posan palomas y a cuyos pies acuden un ciervo y una oveja, representaciones todas ellas de los fieles vivos y difuntos que se acercan a la cruz redentora para alcanzar los frutos de la pasión del Salvador. Por encima de la cruz campea una victoriosa corona de laurel encintada con lemniscos, que rodea triunfalmente el crismón o monograma de Cristo, en ella inscrito y al que flanquean dos tallos florales. Esta escena aparece enmarcada por sendos paneles rectangulares con estrígiles y remata a los extremos con dos pilastrillas estriadas con capiteles de orden compuesto.

Durante mucho tiempo toda alusión al primitivo cristianismo valenciano quedaba prácticamente reducida al martirio de san Vicente. Pero los esfuerzos de ilustres historiadores, como el *Episcopologio valentino* de Roque Chabás (1909) y *La diócesis valentina* (1920) de su discípulo José Sanchis Sivera, marcan a principios de siglo XX el inicio un momento de renovación, que será espléndidamente coronado a lo largo de este mismo siglo por el extraordinario progreso de los estudios arqueológicos propiciados por excavaciones muy significativas. Un proceso aún en curso y que posiblemente ha de depurar nuevos y relevantes descubrimientos en la presente centuria, pues «de todas las ciudades episcopales es sin duda en Valencia donde se están produciendo los hallazgos más espectaculares» (SORIANO, 1999, 22).

Si es posible que a mediados del siglo III el cristianismo valenciano fuese tan sólo incipiente, la arqueología ha sido capaz de demostrar la existencia de comunidades cristianas ya en el siglo IV. Tres piezas de gran valor, procedentes de talleres italianos y seguramente propiedad de personajes pudientes de una comunidad cristiana establecida lo atestiguan: el llamado *Sarcófago de San Vicente*, que ya hemos visto, junto con un cuenco de vidrio tallado





El llamado *Bol de vidrio de la Traditio Legis* parece ser una obra importada de fines del siglo IV. Se trata de un cuenco hemisférico de vidrio de gran calidad y de un suave color verde agua. Apareció fragmentado e incompleto, pero en él han podido ser diferenciadas hasta cinco historias de significación religiosa. La escena principal representa entre sendos crismones a Cristo triunfante en su modalidad juvenil helénica, ante el que se inclinan dos figuras: Pedro, que recibe el rollo de la ley, y Pablo, que cubre respetuosamente sus manos con el humeral. En otras dos escenas incompletas, separadas por un ornamento vegetal, aparecen: en la primera una serpiente enroscada a un tronco que mira a un personaje masculino, que ha sido identificada como una referencia al pecado original, aunque quizá aluda más bien a Moisés y la serpiente de bronce del desierto y, en la segunda, la figura de un sirviente que se apresta a verter el contenido de un ánfora y que se ha querido relacionar con el milagro evangélico de las bodas de Caná. Otra escena permite apreciar dos figuras orantes, una masculina y otra femenina, ésta presentando a ambos lados de la cabeza un alfa y una omega. Por último, un pequeño fragmento inconexo con el resto permite apreciar parcialmente una figura vestida con túnica y palio que podría ser Cristo y la parte interior de un personaje amortajado, por lo que se ha puesto en relación con la resurrección de Lázaro.

Bol de vidrio tallado con representaciones cristianas hallado en la Almoína, siglo IV. Según Soriano Sánchez.

con escenas cristianas y un pequeño fragmento de sarcófago historiado aparecidos en las excavaciones llevadas a término en la plaza de la Almoína. A fines del siglo V o principios de la centuria siguiente, se estableció una potente área de culto cristiano en el centro de la *Valentia* romana, que ha determinado el hallazgo de importantes restos arquitectónicos. Un conjunto episcopal de la mayor relevancia que estuvo en pie y con pleno funcionamiento hasta la época califal.

Poco antes del martirio del diácono Vicente, en la segunda mitad del siglo III, *Valentia* había padecido la destrucción de parte de su caserío y la de su basílica. El Imperio romano entre 250 y 280 pasaba por un periodo de continuas turbulencias, que sólo pudo empezar a ser superado con las radicales reformas del emperador Diocleciano. Muchas ciudades habían sido saqueadas y destruidas, con lo que decayeron o llegaron a desaparecer totalmente. Pero en *Valentia*, que resultó considerablemente afectada por lo que van demostrando las excavaciones arqueológicas, la reconstrucción se realizó casi inmediatamente y propició un rápido proceso de recuperación urbanística, que si conllevó el casi total abandono de la zona septentrional como área residencial, permitió sin embargo la reparación de las demás, aunque en general con viviendas más modestas. Por su parte, el área del foro y alrededores mantuvo su continuidad y experimentó una renovación que se ha documentado tras la excavación de una serie de edificios públicos, como la reparación del *macellum* y la reconversión del *collegium* en un edificio, con un gran patio interior, que debió servir a toda clase de funciones administrativas y comerciales (RIBERA-ROSELLÓ, 1999, 7-13).

Tras el fracaso de la política represiva y las violentas persecuciones de la tetrarquía y a partir de los edictos de tolerancia de 313, la pujanza del cristianismo en todo el Imperio acabó determinando un radical giro de la situación. Así, el triunfante cristianismo de finales del siglo IV se impuso sobre la antigua religión oficial y todos los demás cultos legales, que sólo pudieron pervivir malamente en los retirados núcleos rurales (*pagus*) y fueron progresivamente erradicados de las ciudades (paganismo). En las

ciudades, con la desaparición de la autonomía de la *civitas romana* y la obligatoria asunción de pesadas cargas por parte de los ciudadanos eminentes, se produce la deserción de las clases dirigentes hacia sus propiedades en el campo y la práctica desaparición de las magistraturas municipales. Este vacío fue ocupado por los obispos, convirtiéndose el cristianismo en el elemento determinante de la vida urbana con su evidente impronta en la topografía. Esto es especialmente notable en lugares distinguidos por haber acogido algún martirio o la sepultura de un mártir, lo que los convertía en centro de culto y peregrinaciones.

Si los primeros indicios materiales de la cristianización de *Valentia* están en la ya aludida necrópolis que surgió al sur de la ciudad en la zona de la Roqueta, en el caso del foro, el documento arqueológico más antiguo que atestigua la presencia de los cristianos es la instalación, a fines del siglo v, de un cementerio sobre la masa de escombros producidos por el derrumbamiento, al parecer después de un incendio y en el contexto de un episodio violento, del gran edificio de carácter administrativo remodelado en las reconstrucciones del siglo iii, al que hemos hecho referencia anteriormente. Apenas una veintena de enterramientos muy modestos, que no se diferencian de otras necrópolis romanas sino en su inusual situación intramuros, probablemente por el coetáneo deseo de los fieles cristianos de ser sepultados *ad sanctos*, es decir, lo más cerca de la tumba de los mártires o de los lugares vinculados a sus suplicios. Es precisamente en este lugar, donde, entre los objetos recuperados de los escombros, apareció el que puede ser el objeto cristiano más antiguo que se conoce en Valencia: un cuenco de vidrio tallado de posible uso litúrgico.

El llamado *Bol de vidrio de la Traditio Legis* parece ser una obra importada de fines del siglo iv. Se trata de un cuenco hemisférico de vidrio de gran calidad y de un suave color verde agua. Apareció fragmentado e incompleto, pero en él han podido ser diferenciadas hasta cinco historias de significación religiosa. La escena principal representa entre sendos crismones a Cristo triunfante en su modalidad juvenil helénica, ante el que se inclinan dos figuras: Pedro, que recibe el rollo de la ley, y Pablo, que cubre respetuosamente sus manos con el humeral. En otras dos escenas incompletas, separadas por un ornamento vegetal, aparecen: en la primera una serpiente enroscada a un tronco que mira a un personaje masculino, que ha sido identificada como una referencia al pecado original, aunque quizá aluda más bien a Moisés y la serpe de bronce del desierto y, en la segunda, la figura de un sirviente que se apresta a verter el contenido de un ánfora y que se ha querido relacionar con el milagro evangélico de las bodas de Caná. Otra escena permite apreciar dos figuras orantes, una masculina y otra femenina, ésta presentando a ambos lados de la cabeza un alfa y una omega. Por último, un pequeño fragmento inconexo con el resto permite apreciar parcialmente una figura vestida con túnica y palio que podría ser Cristo y la parte interior de un personaje amortajado, por lo que se ha puesto en relación con la resurrección de Lázaro.

A causa de las afinidades técnicas y estilísticas con algunos vidrios incisos italianos semejantes a esta pieza tan relevante, habrá que buscarle el origen en algún «taller romano activo en la segunda mitad del siglo iv, especializado en productos de gran calidad de temática cristiana destinados a la élite eclesiástica» (ROSELLÓ, 1999, 42-45). Para entender la aparición en este contexto arqueológico de una obra artística tan exquisita y de carácter sacro habría que tener en cuenta la posible ubicación en el mismo lugar de algu-

na veneración del martirio de san Vicente. Tal parece poder demostrar la posterior construcción en el siglo VII de una pequeña capilla, de la cual han sido puestos a la luz los endebles restos de un pequeño ábside con forma de herradura. Una *memoria* que podría señalar el sitio de la prisión del mártir junto al espacio donde tuviera lugar el proceso: *ubi sanguinem fundit*; un lugar tan venerado como para atraer durante tres siglos a las numerosas sepulturas que se apiñaron a su alrededor (RIBERA-ROSELLÓ, 1999, 32-34).

Aunque es posible que en Valentia ya hubiese un obispo al menos desde el siglo V, no tenemos noticias escritas de su existencia hasta mediados del siglo VI. Noticias seguras, que por otra parte coinciden con la constatación cronológica que proporcionan las excavaciones emprendidas en la Almoína en los últimos decenios del siglo XX y que han sacado a la luz gran parte del conjunto episcopal enclavado en el centro de la ciudad antigua. Del célebre obispo Justiniano, que ocupó la sede en la primera mitad del siglo VI, nos proporcionan importantes datos el *De viris illustribus* de Isidoro de Sevilla y una *laude* profusamente editada, el epitafio conservado en un códice del siglo VIII perteneciente a la Biblioteca Nacional de París (PEÑARROJA, 2007, 97-98).

Miembro de la elite eclesiástica y procedente de la antigua aristocracia fundiaria hispanorromana Justiniano era oriundo del nordeste peninsular, donde permanecieron sus tres hermanos también obispos: Justo de Urgel, Elpido de Huesca y Nebridio de Egara (Tarrasa). Justiniano aparece en *Valentia* como monje de algún monasterio vicentino del cual llegaría a ser abad, sino es que lo fundara él mismo, y desde este puesto privilegiado accedió a la sede valentina, donde, apoyándose en su rico patrimonio personal, promovió el culto de san Vicente y el prestigio de su propia diócesis, llegando a celebrar en diciembre de 546 un sínodo o concilio provincial que demuestra la plena consolidación de *Valentia* como sede episcopal y la relevancia alcanzada por la misma entre las demás sedes de la zona (ROSELLÓ, 2000, 72-73). De Justiniano sabemos además sobre producción literaria, sus fundaciones y evergetismo y de su devoción a san Vicente, a quien instituyó heredero de sus bienes y junto a cuyas veneradas reliquias quiso elevar una capilla para ser sepultado en ella.

Por sus tareas edilicias cabría considerarlo como un prototipo de obispo-constructor y «la seua coneguda devoció per sant Vicent encaixa perfectament amb la política seguida a eixos temps per molts bisbes, que al apropiarse de la figura d'un màrtir prestigiós, intentaven controlar la gran i espontània devoció popular existent pel seu culte» (RIBERA, 2005, 47). De hecho, la época de su prelación va a coincidir con un periodo de intensa actividad constructiva en el antiguo foro de *Valentia* que implicaría la construcción del centro episcopal. De estos edificios, los arqueólogos han logrado exhumar parte del potente ábside de la catedral, construida sobre el solar que había ocupado la basílica civil destruida a fines del siglo III, junto a cuyo costado norte y todavía en el siglo VI se levantó una edificación de planta cruciforme para albergar posiblemente un gran baptisterio. Al otro lado se encuentra la parte mejor conservada: una capilla funeraria de planta de cruz griega en cuyos cuatro ángulos externos se levantaron después grandes tumbas monumentales de losas y sillares de despojo.

Esta capilla funeraria fue mandada erigir por un obispo valenciano que muy bien pudo ser Justiniano, en cuyo sínodo valenciano se aprobaron tres cánones referentes a la salvaguarda del patrimonio episcopal y a normas para evitar los aplazamientos en la exequias de los obispos, lo que prueba el

interés de este obispo por el destino de su patrimonio y el cumplimiento de su voluntad testamentaria (ROSELLÓ, 2000, 73). La capilla está construida mediante un doble paramento de mampostería trabada de mortero de cal y un relleno de piedras y guijarros (*emplecton*) y con sillares, en gran parte de expolio, en los zócalos y las esquinas. La cubierta determinaba bóvedas de cañón en los cuatro brazos, con arcos en su intersección, sobre las que se elevaba un cimborrio con una disposición semejante al conocido mausoleo de Gala Placidia de Ravena; también consagrado a san Vicente. El pavimento ofrece un revestimiento próximo al *opus signium* aunque algo más grueso.

El brazo norte de la capilla conserva aún la cubierta abovedada y una ventana situada a media altura, que debió estar enrejada. La nave de los pies está segmentada en tres tramos transversales, separados por pilastras, que sustentaban arcos, determinando arcosolios laterales que posiblemente ocuparían sarcófagos episcopales y formarían una necrópolis privilegiada. Un cuarto tramo, aún enterrado bajo la plaza, completaría este ancho corredor que conectaba la capilla con las naves catedralicias. La cabecera plana, hacia el este, muy maltratada, ha manifestado en el centro del pavimento una impronta circular que podría referirse a un altar o mensa de un solo pie. En el crucero ocupa la posición central la probable tumba del obispo Justiniano, una cista de cuidada ejecución, compuesta con grandes sillares de buena caliza, entre cuyo relleno apareció el ya citado fragmento de sarcófago historiado en mármol de grano fino de origen itálico y, ordenados con cuidado en el ángulo noroeste, los huesos del finado. Una doble línea de canceles de mármol de notables proporciones, cuyas barroteras, talladas en fustes de columna reutilizados, aún se conservan en el pavimento, separaba el nártex del crucero y a éste del presbiterio, accesible sólo a los celebrantes (SORIANO, 1998, 48).

El deseo de Justiniano de situar su última morada cerca del lugar de sepultura de san Vicente ha llevado a varios autores a pensar que tales reliquias estarían colocadas bajo el altar mayor de la cercana catedral, pero otros opinan que su sitio debía ser en la cabecera de la capilla-mausoleo, bien a la vista de todos «de mode que la seua presència material deuria fer-se bèn palesa, tant als visitants i peregrins, que circulaven per l'interior, que veurien la tomba al final de un corredor enmarcat per tants altres sarcòfags, com pels que estaven a l'exterior, que podrien contemplar-ho mitjançant sengles finestres als tres costats de la creu, vertaderes fenestrelles confessions, des d'on podia orar amb la vista posada en les tombes del màrtir i del bisbe...» (RIBERA, 2005, 50). Desde luego los restos vicentinos, como ocurrió en casos similares en otros lugares, debieron ser trasladados desde su basílica martirial al centro de la ciudad. La antiquísima *Passio sancti Vicentii* se hace eco de esa traslación: «Desde aquí fue trasladado su santo cuerpo a un mausoleo para que pudiera ser venerado por todos –dichoso ya por estar seguro de recibir allí honrosa sepultura–; y desde allí a la iglesia madre, donde Vicente fue consagrado como santo en un altar. Lugar dedicado por la devoción a Dios y venerable por la celebración de los sagrados misterios, cuando él, honrado allí, lo honró de suerte que en muchos lugares hubo recuperación de enfermedades gracias a su cuerpo muerto» (ESTEVE, 1992, 32).

Durante el reinado de Leovigildo (564-589), conocemos la existencia en *Valentia* de un obispo arriano, Ubiligiselo, quizá impuesto por el monarca en su deseo de hacerse con el control de las sedes católicas más importantes y de mayor prestigio martirial. La arqueología señala en ese momento la



Restos fragmentarios de los canceles de la catedral y de un altar secundario de mármoles, compuesto por un pie en forma de columna y una mensa o tabla moldurada y rehundida, aparecieron formando parte del relleno de un pozo islámico o de la cobertura de algunas modestas tumbas cristianas de fines del siglo VIII en las excavaciones arqueológicas de la Almoína y testimonian el desmantelamiento del centro cristiano de la ciudad y la total islamización de la zona a mediados del siglo IX. A pesar de lo cual, cuando varios siglos después la ciudad fue conquistada por Jaime I, conservaban los cristianos mozárabes la memoria vicentina, pues denominaron *casas de sant Vicent* a los restos aún visibles del ala norte de la arruinada capilla funeraria episcopal donde el rey mandó erigir un oratorio que ha llegado a nuestros días.

Capilla funeraria con canceles de época visigótica. Formó parte de la primitiva catedral valentina. Valencia, Museos y Monumentos, 2007.

muy probable presencia en la ciudad de un importante contingente de godos. Gregorio de Tours hace mención de los estragos producidos por las tropas de Leovigildo en 583 en el conflicto armado con su hijo y corregente, el procatólico Hermenegildo, que, según la crónica de Juan Biclario, una vez derrotado fue conducido preso a *Valentia*. En esos momentos la ciudad pasó a formar parte del sistema fronterizo (*limes*) frente a la cercana provincia bizantina de *Spania*; una función estratégica y militar que debió mantenerse hasta la definitiva expulsión de los bizantinos y la destrucción de su capital, Cartagena, en 625 (RIBERA-ROSELLÓ, 2000, 154). A ese periodo, que se extiende hasta principios del siglo VIII, pertenece un gran cementerio visigodo enclavado en la zona episcopal, en la parte norte de la catedral, caracterizado por grandes tumbas colectivas bastante bien construidas, algunas auténticos panteones familiares y de las que aún se han podido recuperar algunas ricas piezas de ajuar que sobrevivieron al posterior saqueo de época islámica; como una sortija de oro con palmas grabadas y engarzando un entalle de amatista de forma oval. De este conjunto formaría parte el ábside con forma de herradura ya citado que señalaba el venerado lugar del martirio y cárcel de san Vicente.

Después de la conversión de Ubiligiselo en el III concilio de Toledo, presidido por Recaredo, donde firma las actas junto con el obispo católico de *Valentia*, Celsino, la presencia de los mitrados valentinos o sus representantes en los concilios toledanos resulta regular. A uno de ellos, Anesio, que participó en el VII toledano (646), se atribuye la inscripción conmemorativa de una amplia reconstrucción de la techumbre y embellecimiento de la catedral, cuya nave estaría formada por cinco columnas con sus arcos a cada lado (CORELL, 1989).

El conjunto episcopal estuvo en uso hasta 778, cuando *Valentia* fue arrasada por Abderramán I en el contexto de una revuelta abasí contra los omeyas. Saqueados los edificios religiosos, todavía permaneció algún tiem-

po en uso la necrópolis cristiana, donde los enterramientos serán ahora muy modestos, incluyendo entre sus piedras restos de los elementos desmantelados de aquellos. Sobre las preciadas reliquias de san Vicente se extiende un velo de incertidumbre pues proliferarán numerosas versiones, muy probablemente espurias, que tratan de la traslación de sus restos a distintas ciudades. «Sembla méreixer més crèdit un document que diu que la catedral de Bari, en la Pulla (Sud d'Italia), posseïa un braç de Sant Vicent donat per un bisbe valencià mossàrab, pelegrí a Terra Santa en el 1104» (SANCHIS, 1976, 30).

Pronto los musulmanes construirán su mezquita sobre catedral de san Vicente. La capilla funeraria episcopal, separada del resto, será transformada en un *hamman* vinculado al alcázar, para lo que su mobiliario litúrgico será arrasado y se derribará parte de la cabecera para establecer allí el horno. Estos baños estarán en funcionamiento hasta su amortización a fines del siglo x. Restos fragmentarios de los canceles de la catedral y de un altar secundario de mármoles, compuesto por un pie en forma de columna y una mensa o tabla moldurada y rehundida, aparecieron formando parte del relleno de un pozo islámico o de la cobertura de algunas modestas tumbas cristianas de fines del siglo viii en las excavaciones arqueológicas de la Almoina y testimonian el desmantelamiento del centro cristiano de la ciudad y la total islamización de la zona a mediados del siglo ix. A pesar de lo cual, cuando varios siglos después la ciudad fue conquistada por Jaime I, conservaban los cristianos mozárabes la memoria vicentina, pues denominaron *cases de sant Vicent* a los restos aún visibles del ala norte de la arruinada capilla funeraria episcopal donde el rey mando erigir un oratorio que ha llegado a nuestros días.

ARTE DURANTE LA EDAD MEDIA

La huella borrosa del islam

[DANIEL BENITO GOERLICH –UVEG–]

Realmente son muy pocos los objetos físicos adjudicables a la época islámica de la ciudad de Valencia que han logrado llegar hasta nosotros; quizá nos tendríamos que contentar con los fragmentos de cerámicas, cimentaciones y restos de muros de fábricas que van siendo exhumados por los arqueólogos. Y sin embargo *Balansiya* llegó a ser una población floreciente y de real importancia. La conquista musulmana del territorio valenciano estaba completada ya en el año 714, aunque la islamización de sus gentes fuera un proceso gradual, bien que continuo y constante.

Cuando Abderramán I el Omeya se iba apoderando de al-Andalus en su provecho, los califas abasidas intentaron evitarlo enviando una escuadra comandada por al-Firi. *Balansiya* fue una de las poblaciones que se sumaron entonces al plan de los invasores y en el curso de la guerra civil que se desencadenó a continuación entre 778 y 779, según informaciones del erudito al-Udrí, la ciudad fue arrasada por el emir. Pero a continuación Abderramán reorganizó la administración de al-Andalus y convirtió a *Balansiya* en la capital de la zona oriental de su emirato. Quizá fuese a partir de ese mo-